



Sermón Dominical

REV. REBECA MONTEMAYOR LÓPEZ

DOMINGO 06 DE SEPTIEMBRE 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA EL VERDADERO MILAGRO DE BETESDA JUAN 5:1-13

Vivimos en una sociedad donde la indiferencia ante los otros se ha vuelto normal. Cada quien mira por sí mismo, y los más vulnerables quedan a la orilla del camino. A nuestro alrededor cotidianamente vemos multitudes que esperan: personas sin techo, migrantes, enfermos, mujeres violentadas, jóvenes sin oportunidades. O incluidos nosotros, pasamos por diferentes pruebas o crisis en que nos sentimos igual “a la orilla del camino”, y unos y otros, esperando a que alguien se compadezca y ayude a sanar, a ser liberados del desamparo y la soledad. Esperando que alguien sea compasivo, y que actúe con misericordia, esperando que ocurra el milagro. Hoy se nos invita a creer en los milagros, para Dios no hay imposibles, pero también se nos invita a actuar como posibilitadores de los milagros de Dios, que rompe la indiferencia y el egoísmo, por el testimonio de gracia y amor que la iglesia de Jesucristo cumple como la misión de sanidad integral en este tiempo urgido de hijos e hijas de luz en medio de las tinieblas. Hoy esperamos que su palabra nos abra el corazón para ser sanados por Jesús, y a compartir de gracia la sanidad en el nombre de Jesús, **¡si otros no lo hacen, yo lo haré en tu nombre Jesús!.**

Y en el texto que hoy meditamos, un texto harto conocido del evangelio, cabe la pregunta : ¿Y cuál es el verdadero milagro de Betesda? Porque no es simplemente que un hombre paralítico recobre la movilidad física, ya Jesús había hecho un sinnúmero de sanidades. Este relato nos invita a mirar más allá

de la curación corporal y descubrir la sanidad integral que Jesús opera en este milagro. Veamos que hay varias dimensiones del milagro.

¿Milagro en “aguas estancadas”?

El evangelio de Juan nos presenta el episodio del paralítico en el estanque de Betesda. Este lugar, situado cerca de la puerta de las ovejas en Jerusalén, era conocido como espacio de sanidad: se creía que un ángel agitaba las aguas y el primero que entraba recibía curación. Históricamente, el estanque refleja la religiosidad popular del tiempo: una mezcla de esperanza y superstición, donde la salvación dependía de la rapidez y la fuerza de cada uno. En ese ambiente, los más débiles quedaban excluidos. El paralítico llevaba 38 años esperando, está rodeado de multitudes, pero solo y desamparado, Nadie lo ayudaba, todos miraban solo por sí mismos. Símbolo de una vida marcada por la resignación y la indiferencia de los demás, En una sociedad marcada por desigualdades, los enfermos y pobres quedaban siempre marginados. Pero también el estanque funge como otro personaje más, podríamos decir, el estanque de “sálvese quien pueda”, símbolo de exclusión y como metáfora de la indiferencia colectiva, el estanque donde cada quien busca su propio milagro, sin mirar al que está tirado a su lado, el estanque donde cada uno busca su bendición y se olvida de su prójimo.

Milagro de la libertad interior

El milagro es que Jesús lo ve, lo escucha y lo reconoce como persona. La mirada de Cristo rompe la invisibilidad y devuelve su dignidad. Jesús al verlo no lo pensó ni un instante, no se puso a pensar si era sábado y por tanto estaba prohibido curar y hacer que el hombre se fuera cargando su propio lecho, cuando el hombre estaba atrapado en la resignación, en la lógica de esperar que otros lo lleven.

Jesús hace *la pregunta que despierta* y confronta al hombre: “¿Quieres ser sano?”, seguro que la mirada y voz de Jesús de por sí lo conmueve y traspasa su corazón, porque no es solo una cuestión física, sino existencial. El milagro es que Jesús lo libera de esa dependencia y le da una nueva posibilidad de vida. El milagro es que Jesús le da la libertad de creer y confiar en que su sanidad tiene que ver con su voluntad interior de vivir y vivir con dignidad y esperanza, de proyectar sueños posibles, de verdad ¿quiere levantarte y recuperar tu dignidad? El paralítico había dicho: *“No tengo quien me meta en el estanque.”* Su herida era también la exclusión y la soledad. Por esto la pregunta de Jesús rompe ese aislamiento: alguien finalmente lo mira, lo escucha y lo reconoce.

Y luego la palabra que transforma: *“Levántate, toma tu lecho y anda”* No espera que el agua se mueva, porque la vida está en Él. No le ofrece fórmulas mágicas, sino un encuentro personal. Lo invita a reconocer su deseo profundo de vida. El paralítico se convierte en testimonio vivo de que la gracia rompe la resignación. Y el hombre responde con fe, no discute, no duda, simplemente cree en la palabra de Jesús y actúa. Todo un acto de fe: Su fe es confianza radical, después de estar 38 años paralizado, obedecer contra toda esperanza, era humanamente imposible, pero confió en Jesús. Fe que afirma una sanidad integral: al levantarse, no solo recupera movilidad física, sino también dignidad, esperanza y pertenencia. Fe que se vuelve testimonio público: al cargar su lecho y caminar, muestra a todos que la palabra de Cristo tiene poder real. Una fe activa, ya no más esperando que ocurra el milagro, su fe se traduce en vida y vida en abundancia. En otras palabras, el

milagro no ocurre solo porque Jesús habló, sino porque el hombre respondió creyendo y actuando.

Hermanos y hermanas, si hoy hay postración y desconsuelo, Jesús nos pregunta hoy ¿quieres ser sano? La pregunta sigue vigente: ¿queremos salir de la resignación, del estancamiento, de las heridas emocionales? Recuerda que Jesús no solo pregunta por la salud del cuerpo, sino por la apertura del corazón a la esperanza y a la vida plena. Porque hay promesa de sanidad. Por esto hoy te invitamos, Levántate: no sigas atrapado en tu pasividad. Toma tu lecho: asume tu historia, tus heridas, y afronta tus decisiones. Y camina en libertad y seguridad, tu fe y testimonio son buena nueva del milagro de Dios. Digamos unos a otros: *“Fortalezcan las manos débiles, afirmen las rodillas vacilantes. Digan a los de corazón temeroso: ¡Sean fuertes, no teman! Su Dios viene a salvarlos”* (Is. 35: 3-4) El milagro de Dios es hoy.

Milagro de la comunidad transformada

El milagro es también a ser y actuar como una comunidad transformada, a que pueda dejar de ser un “estanque de indiferencia” y convertirse en un espacio de solidaridad. Jesús nos ha dejado claro que ante el sufrimiento era imposible dejarlo como estaba. Jesús es incompatible con el sufrimiento humano. Jesús ha roto la lógica excluyente y ha mostrado que su gracia no depende del mérito, sino del encuentro con Él. El milagro de la empatía, de la cercanía personal y la sensibilidad ante el desamparo de otros. Una fe activa, *“La fe sin obras es muerta.”* (Santiago 2:14-17) El milagro que se completa cuando la comunidad actúa en favor del necesitado. Una fe activa, *“Partir tu pan con el hambriento...”* (Isaías 58:6-7) Porque la verdadera espiritualidad se mide en justicia y compasión. Porque El milagro de Betesda no es resucitar a una vida digna, libre y solidaria. Jesús nos invita a ser iglesia que no espera que “alguien” actúe, sino que se levanta y rompe la indiferencia. Si somos cristianos coherentes con el evangelio, no podemos ser una iglesia que abandona a su suerte a su prójimo, como Jesús no podemos soportar el sufrimiento, si podemos remediar o aliviar, en el nombre de Jesús.

Una historia muy sencilla, que bien ilustra nuestra reflexión. En una iglesia había un trabajo muy importante que hacer. Se trataba de algo que todos reconocían como necesario, pero que había confusión en quién debía hacerlo.

- Todos estaban seguros de que Alguien lo haría.
- Alguien pensó que Cualquiera podía hacerlo.
- Cualquiera estaba convencido de que Nadie lo haría mal.
- Pero al final, Nadie lo hizo.

Cuando el trabajo quedó sin realizar, Todos se molestaron. Todos dijeron que era responsabilidad de Alguien. Alguien pensó que Cualquiera podía haberlo hecho. Y Cualquiera se dio cuenta de que, en efecto, Nadie lo había hecho. El resultado fue que Todos se enojaron con Alguien, porque Nadie hizo lo que Cualquiera pudo haberlo hecho. La moraleja es clara: cuando esperamos que otros actúen, la responsabilidad compartida se diluye, si no somos sensibles y empáticos en colaborar comunitariamente.

Como iglesia atendamos la palabra sanadora de Jesús, porque creer en Jesús implica atreverse a levantarse de las parálisis que nos atan: miedo, resignación, indiferencia. La fe que nos impulsa a caminar en obediencia a la palabra que nos libera. Shalom, Levántate: rompe la comodidad y la pasividad. Toma tu lecho: carga con las realidades de tus hermanos y hermanas, pero también las de tu familia, de tu escuela, de tu ciudad, de tu país, del mundo. Y camina, como testimonio de solidaridad en un mundo que normaliza el egoísmo y el desamor. La iglesia está llamada a levantarse, cargar con las heridas de la comunidad y caminar sin dejar a nadie a la orilla del camino. Dios te llama por tu nombre, Dios nos llama por nuestro nombre Shalom. Hagamos que suceda el milagro

AMEN.

Iglesia Bautista Shalom
Av. San Jerónimo 137
San Ángel.
CDMX
T. 55 5616 7732

